

tu vara
y tu cayado
me sostiegan
frente a
tinges la cabeza
con perfum



Rafael Redondo

En tus manos encomiendo mi espíritu

Tu cayado me acompaña

Desclée De Brouwer

Blomza

Rafael Redondo Barba

En tus manos encomiendo
mi espíritu

Tu cayado me acompaña

Ilustraciones: Paloma San Román

Desclée De Brouwer

© Rafael Redondo Barba, 2023
© Ilustraciones: Paloma San Román, 2023

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2023
Henaio, 6 - 48009 Bilbao
www.edesclée.com
info@edesclée.com
Facebook: EditorialDesclee
Twitter: @EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España – Printed in Spain
ISBN: 978-84-330-3234-8
Depósito Legal: BI-1001-2023
Impresión: Reprografía Cima S.L.

Prólogo

El hombre que, estando realmente en el Camino, se encuentre con tiempos difíciles en el mundo, no se volverá, en consecuencia, hacia un amigo que le ofrezca refugio y consuelo y que aliente la supervivencia de su vieja personalidad. Por el contrario, buscará a alguien que fiel e inexorablemente lo ayude a arriesgarse, de manera que pueda sobrellevar el sufrimiento y pasar de forma valiente a través de él, convirtiéndolo así en la "balsa que va a la orilla más lejana".

—Karlfriend Durckheim

Asentir a la luz

Las tormentas de la vida, las grandes sacudidas de las aguas bravas, la enfermedad, en el caso de mi querido Rafael Redondo, son oportunidades para evolucionar del miedo a la confianza.

El dolor puede ser un gran creador de realidades y nadie como el autor de este magnífico libro, vivido en cuerpo y alma, se deja atravesar por la profundidad de ese mar revuelto en la noche más oscura.

Él mismo nos dice:

“Me sucede a veces que una fuerza, inesperada y poderosa, brota de no se sabe dónde, aligerando el cuerpo de su angustia. Fuerza que me libera de la dormidera y hasta el insomnio aviva. Poderío que incluso se enhebra en el poema triste que te ocupa, transmutando en sangre viva sus rimas y fonemas. Ascuas de fuego donde el silencio crepita, y entero arde. Y el arder quema y duele... Finalmente te abandonas sin oponer resistencia al Dios de las Tormentas”.

Rafael transparenta así la certeza que esconde su humana fragilidad, no sintiéndose abandonado por un tenebroso Dios que duerme dejando la barca a su suerte en medio de la tormenta, sino todo lo contrario. Nos presenta a un Dios que no es hijo del miedo, ni mucho menos está dormido.

Estos textos traslucen el Ser de aquel que se entrega sin reservas ni condiciones. Rafael siente, en el Silencio de su pequeño zendo, la Presencia de alguien que le mira y abraza complaciéndose en ello y con ello, recibiendo una fuerza que en sus propias palabras “no es de este mundo”. La fuerza de Ruáh le asiste y llena de gozo y gratitud, derramándola él, a su vez, sobre los demás. Suele decir, con frecuencia, que

“tenemos motivos de sobra para sentirnos dichosos”. Desde ahí comparte con el lector esta vivencia que le marca definitivamente.

“Tú eres mi Hijo muy amado, escuchaste del cielo. Tú eres el Hijo, mi complacencia, mi receptáculo. Un receptáculo abierto para poder recibir la experiencia de Dios como Abba...”.

Impresiona la generosa renuncia a la propia voluntad y el desasimiento del que vive esta experiencia, poniéndose una y otra vez con la más absoluta confianza en manos de esa Presencia, a la que invoca de principio a fin de la obra. Cuando, entregados a la meditación o la oración, desaparecen los pensamientos y las imágenes, incluso la propia, lo que queda eres TÚ. Es entonces cuando contemplas en el Sagrado Silencio, ya vacío de ti mismo, esa Presencia divina y te dejas ser y existir en ella.

“¡En tus manos encomiendo mi vida! Clamo cuando la enfermedad me apremia... pero te siento a Ti a la vez abrazando mi ser, rodeado de tu cercanía y tu presencia”.

Siguiendo los pasos de Jesús, Rafa se adentra en esa dimensión de la vida que nos lleva, irremediabilmente, al monte Tabor. Atraviesa el árido desierto y la noche más oscura, en ese viaje de descenso a la propia vulnerabilidad, a la humanidad más profunda, para dejarse transformar y ser semilla de Amor, compasión y fraternidad. Nadie puede vivir en plenitud sin atravesar su monte de la transfiguración.

“La Luz de la transfiguración ilumina todo el mundo, y no sólo en el Tabor. Otra cosa es que nuestros ojos se liberen de los obstáculos del ego, del super-ego narcisista, de su obsesivo afán de perfección y de sus rígidas normas farisaicas, para poder ver las huellas de tu humanidad, querido Maestro”.

El devenir de los años, las crisis, la pérdida de la salud... pueden ser vividas como un valle de lágrimas, como una tragedia, puede incluso que una experiencia así nos arañe la piel y nos permita imaginar un futuro más prometedor. Pero sólo si atravesamos la tormenta a la intemperie y cruzamos el desierto en la oscuridad, podremos ir más allá de una idea, más allá de la superficie, más allá, incluso, de una desmedida profundidad, dejándonos transformar.

Acompañado del cayado, Rafael es consciente de que en nuestra Naturaleza más profunda somos Luz y se deja enamorar por ella. Bien sabe de quién se ha fiado. De sobra conoce que Jesús es la Luz del mundo y que meterse en las entrañas de lo que ya somos es vivir en la dimensión del Hijo amado que soy.

Dejarse atravesar por la Luz requiere conciencia, requiere asentir a esa claridad que, con frecuencia, nos deslumbra y atemoriza, pero él, desde la primera palabra hasta la última de este vivido texto, dice SÍ, cruzando las sombras confiado y entregado por completo a la Luz.

La transfiguración abre el camino que recorre y generosamente nos comparte, invitándonos a caminar por Él y con él. “Hacerse uno mismo surco, grieta y permitir que el Gran Espíritu haga en nosotros su camino, por más que en ese pedregoso caminar también te agrietes tú, para darle cobijo y que te habite”.

Recorrer este camino requiere no solo tener bien abiertos los ojos sino también el corazón. Se trata de un camino que nos humaniza y hace disponibles a los demás, amando hasta el extremo, si es posible.

PRÓLOGO

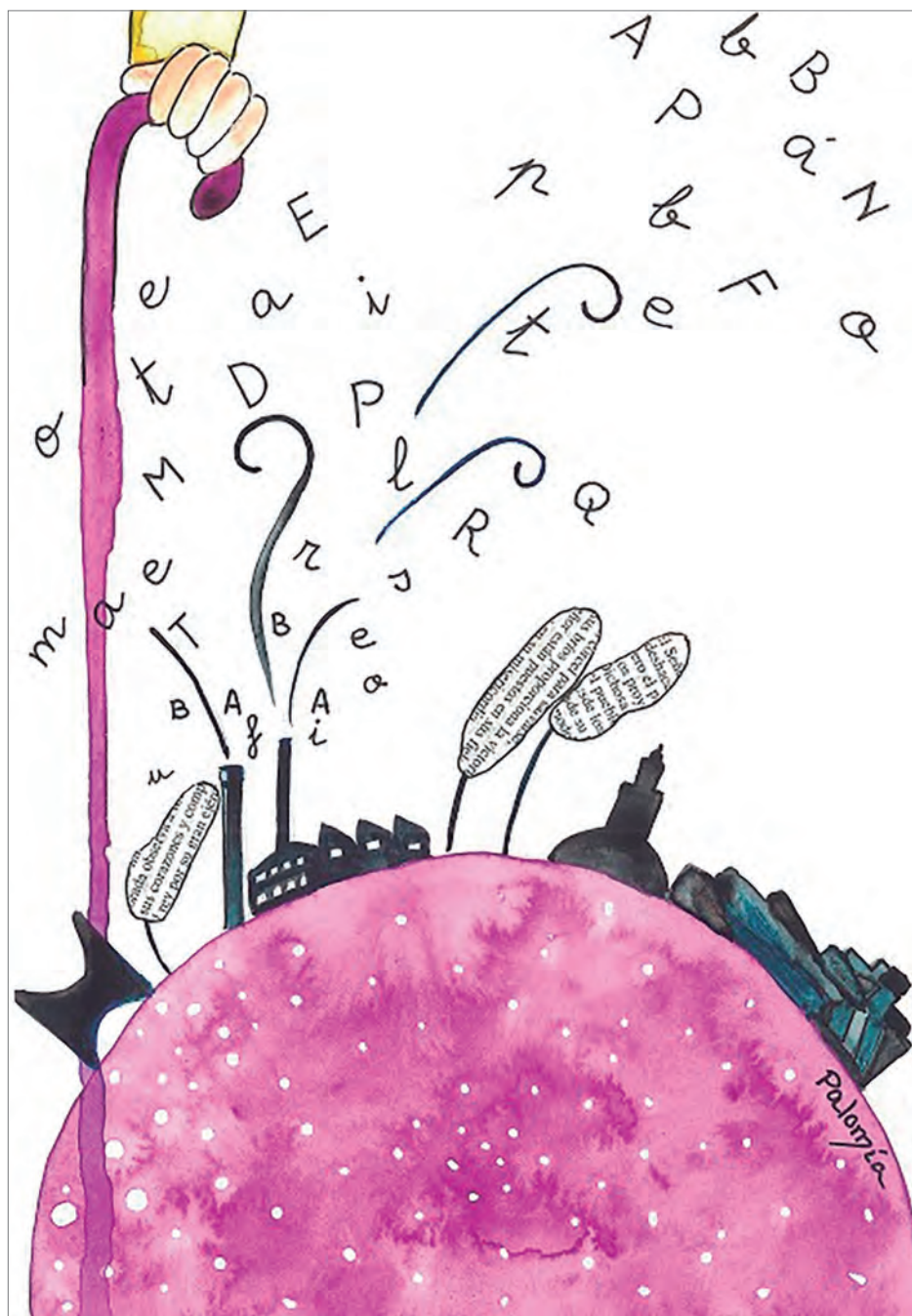
“Poco a poco, y al ritmo de tu cayado, paso a paso, voy vaciándome de mí mismo; paso a paso, a paso seguro voy viendo, Señor, que cuando eso hago haciéndome yo mismo un hueco, Tú eres el que va ocupando mi lugar, hablas por mí, quieres por mí, amas por mí, te haces uno conmigo. Tú, mi gran dicha, ya que me haces disponible a mis hermanos”.

Te invito, querido lector, a que tú mismo te adentres en ese camino que sabiamente nos muestra Rafael Redondo. Te emplazo, si así lo quieres, a que seas tú mismo quien transite confiado el Tabor y te dejes atravesar por esa Luz de la Transfiguración de Jesús acompañado de su cayado.

Este libro es para mí absolutamente transformador, dada la magnitud y verdad de su contenido.

Sea como fuere, tienes en tus manos un excelente testimonio de vida y confianza en la Vida, un bello transparentar lo que ES y un decir que es manantial de Luz sin límites ni costuras.

—Paloma San Román
Madrid, primavera de 2023



A modo de introito

Dijiste a corazón abierto: “no se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios: creed también en mí”. A corazón abierto, como se habla a un amigo.

Estoy enfermo de una enfermedad degenerativa que, según me dicen los médicos, no tiene solución, se llama ELA. Pero aunque estoy enfermo yo **no soy** un enfermo, soy algo más, bastante más: soy un hijo de Dios. Abbá es mi padre.

Y aunque a veces mis limitaciones físicas se agudicen y yo me venga anímicamente abajo, como me pasa ahora que esto escribo, también sé, Abbá, que tu Espíritu me anima, me rodea, me protege en las horas más oscuras. Certifico que es así, lo escribí hace algún tiempo: *me sucede a veces que una fuerza, inesperada y poderosa, brota de no sé sabe dónde, aligerando el cuerpo de su angustia. Fuerza que me libera de la dormidera y hasta el insomnio aviva. Poderío que incluso se enhebra en el poema triste que te ocupa, transmutando en sangre viva sus rimas y fonemas. Ascuas de fuego donde el silencio crepita, y entero arde. Y el arder quema y duele...*

Finalmente te abandonas sin oponer resistencia al Dios de las Tormentas. Y así, agradecido, cantas por tus adentros

un himno incomprensible pero que busca ser una oración cantada. Mientras, las lágrimas siguen brotando de mis ojos.

También, Señor, sé bien que en las horas oscuras me concedes –como a todo ser viviente concedes– la dicha de comprender que Tú estás a mi lado más que nunca, que tu cayado me acompaña; que Tú estás en tu Padre y yo en ti y Tú en mí. Porque, gracias a ti, también sé bien que para ver claro en la luz de la Pascua necesario es pasar por el sudor de Getsemaní. Por todo ello, Jesús, inicio estos coloquios a través de la oración de Teilhard de Chardin que hago mía ahora más que nunca:

En las manos que han sido taladradas. En las manos que solo se han abierto para acoger y bendecir. En esas manos por las que pasa un amor tan fuerte, es confortador entregar el espíritu.

* * *

Cuando me acerco, Maestro, a tu Buena Nueva no como tiempo que pasó, sino como narración de quien te evoca con corazón agradecido. Leo y releo viviendo lo que de ti dicen como Alguien que en mí actúa en estos mismos momentos, ahora, cuando escribo, viviendo y reviviendo tu ser hermano, y tan humano. No, no leo lo que de ti cuentan como puede leerse una herencia en una notaría, o escuchar el legado de alguien que ya no está presente, o rememorar las enseñanzas de no sé qué sabio milenario. No, en tu caso puedo decir que tu palabra, Jesús, es para mí caricia y alimento, pan vivo y sangre de mi sangre. No un cadáver, sino pan vivo y manjar de un resucitado que vive y que me vive. Tu Evangelio, tu

actuar, tus hechos, me siguen hablando e interpelando en los adentros de mi más profunda vena, y quiero aquí y ahora que tu bondadoso poder de perdonar y tu vivificante presencia, en nada se corresponde con tu muerte, sino con la resurrección real, certera y experimentada para quien vive en sus propias carnes la acción de tu Espíritu. Patrimonio de todos... Porque ¿Quién mejor que los descarriados –y sé bien lo que me digo–, saben, sabemos, de tu afán de perdonar, de tu tenacidad de Pescador de Hombres, de la paciente espera del largo sedal, Tú, que en palabras de Lope de Vega “tan amigo de rendidos eres”, sigues sanando y perdonando en el corazón sin coraza de los ninguneados, enfermos, leprosos, desahuciados y proscritos. Tú sigues iluminando el sendero de los perdidos, sembrador de Humanidad, salvando y aliviando con tu Aliento a los excomulgados y vencidos... ¿Cómo no quererte? ¿Quién y quién eres, Dios mío, para amarnos de ese modo? *Tu rocío regó y reparó la aridez de mi tierra desierta.*

*Y así, extraviado como estaba,
yo te añoraba,
en la orfandad de los abismos.
En mis ásperas noches
siempre vibró, y aún vibra,
ahora con más fuerza,
tu reclamo de pastor,
amigo de rendidos,
mi leal hermano galileo.*